

su coche con nevera...
...con **Ibor**[®] coche



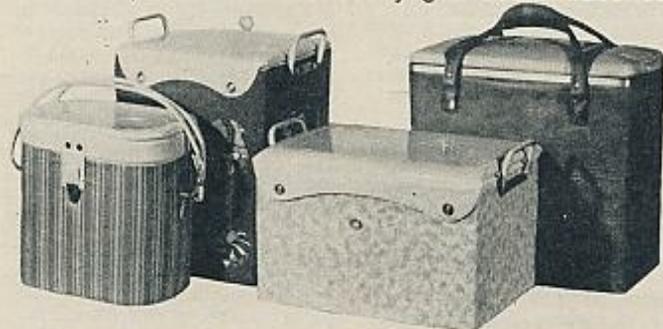
¡disfrute de ella!

Y aunque se fabricasen coches con nevera, IBOR-coche siempre será más práctica y económica.

Algunas razones:

- IBOR-coche es la nevera portátil que no requiere ningún gasto adicional. Su sistema de frío funciona con el frigorífico de su casa.
- Mantiene una temperatura helada durante horas y horas de viaje, sin mojar los alimentos (porque no necesita hielo).
- Se fabrica en 17 modelos y diferentes tamaños, para todos los gustos y necesidades.
- El espacio interior de todas las neveras está aprovechado al máximo y son ligeras.
- La puede llevar a la playa, subir con ella una montaña, para comer y beber frío en el sitio que más le agrade.
- Sus precios son realmente económicos.

Pida NEVERAS IBOR en casas de accesorios de automóvil, electrodomésticos y grandes almacenes.



lleve coche con nevera... o nevera

Ibor[®] coche

(que es portátil)

**Una estrella que ha perdido
su esplendor pasado.
La escisión se veía venir...
Ringo
siguió a sus compañeros
hasta la India.
Pero allí faltaba el corazón.**

La escisión se veía venir. La estrella de los Beatles iba ya perdiendo su gran esplendor pasado. No obstante, Ringo siguió a sus tres compañeros hasta la India. Pero allí faltaba el corazón. Por eso decidieron interrumpir sus jiras, y Ringo estaba feliz de poderse poner sus pantuflas y quedarse en casa. Todavía, por dar gusto a George, el que más fe albergaba en el grupo, aceptó aquella estancia junto al astuto Maharishi. Ahora jura que no volverá a atraparlo y acaba de grabar un disco en solitario, un LP que lleva el título de «Sentimental journey», integrado por baladas del más viejo estilo B. B. C.: todos sus recuerdos de pequeño inglés mimosamente acunado por su papá. George, por su parte, profesa un gran cariño a Ringo y a sus chiquillos; sin embargo, su espíritu planea por otras esferas, sueña en la India y hasta se ocupa de un grupo, Radha Krishna, del que espera mucho. En cuanto a John y su mujer, Yoko, se hallan muy lejos de contentarse con la contemplación y la reflexión: han fundado su propio conjunto, Plastic Ono Band, posan desnudos, provocan el escándalo por doquier, francamente decididos a utilizar el vedetismo como arma de combate. Es esto, precisamente, lo que encerva a Paul, que de ninguna manera se siente con alma de militante: de ahí que escoja retirarse al campo con su familia (sus «fans», enloquecidas, esparcen el rumor de su

muerte, véase TRIUNFO, número 390). Acaba, a su vez, de grabar un disco, también en solitario.

Una intuición común

He aquí a los Beatles, que juntos lograron su expansión y el éxito más prodigioso, ahora fragmentados, cada cual por su lado, en peligro de que sus cualidades se evaporen para siempre. ¿Quedarán reducidos a John Lennon el provocador, Paul McCartney el soñador, George Harrison el místico y Ringo Starr el buenazo?

«Rockers» en rebeldía, salidos de la nada, luego hábiles cantantes, compositores espirituales, más tarde maestros del «nuevo sonido» y poetas del absurdo, todo lo deben a su común intuición.

Al principio fueron ayudados por Brian Epstein, el amigo y empresario desaparecido. Fue Brian quien les recomendó, por ejemplo, que no gastaran el tiempo sobre la escena en socarronerías, vueltas las espaldas al público. Con sus vestidos sin cuello y sus largos cabellos —que tan cortos ros parecen ahora—, han cumplido, desde sus comienzos hasta ahora, un curioso viaje. Disfrazados, más de una vez pueriles en su actitud, embutidos en viejos uniformes galonados, gustan también del LSD como salida de la obsesión; incultos, vivirán, sin embargo, al acecho de toda clase de sensaciones, persuadidos de que son los profetas

La explosión de los beatles



de una nueva generación «pop».

En todo caso, los Beatles, hay que reconocerlo, para esta generación son los libertadores en el plano musical. Veteranos ya, hoy con la mirada fatigada, todo lo han dicho y hecho juntos, poniendo siempre sobre el tapete ese difícil equilibrio entre lo estéticamente «bonito» (fueron hábiles seductores y astutos eccléticos) y algo mucho más profundo y prácticamente desconocido en el campo de la música llamada «de variedades», algo difícilmente manipulable que, probablemente, podría denominarse como «el humor».

Los Beatles que se esfumaron

Hubo Beatles que se esfumaron. Uno de ellos, Thomas Moore, se enfadó con los otros en 1960; otro, Pete Best, fue reemplazado por Ringo Starr en 1962. El mejor dotado (parece ser), Stuart Sutcliffe, murió aquel mismo año de una hemorragia cerebral. En la actualidad, Thomas Moore conduce una camioneta, Pete Best es panadero y Astrid, su primera «fan» alemana, jamás ha podido olvidar a Stuart, el más sensible de todos, que se pasaba las horas escribiendo o pintando.

Han existido dos grandes Beatles: John Lennon y Paul McCartney, compositores y autores de casi todas sus canciones. John jugaba a ser «teddy-boy», robaba en las tiendas y adoraba los chistes anticlé-

ricales; Paul soñaba, se aburría y hacía dibujos sucios. Se encuentran ambos en 1956 y fundan los Quarrymen. Los Quarrymen se convierten en los Moondogs, más tarde en los Silver Beatles y, por fin, en los Beatles —de beetle, escarabajo, y beat, pulsación—, porque les encanta una de las primeras orquestas de «rock», los Crickets de Buddy Holly. John, Paul y después George Harrison, el más prudente, y más tarde Ringo Starr, antiguo mozo de cuadra, aprendiz de carpintero, parado forzoso, comienzan a trabajar seriamente en Hamburgo. Tocarán noche tras noche para todos los golfos de la ciudad, alimentándose casi exclusivamente de bocadillos.

Que agiten su quincalla

Un año más tarde, en 1963, desde el escenario del Prince of Wales Theatre, Lennon declara: «Las personas que ocupan las localidades baratas pueden aplaudir»; y luego, inclinándose hacia el palco real: «En cuanto a los otros, que agiten su quincalla».

Entre Hamburgo y la Reina madre mediaba un «45 revoluciones», «She loves you», fulminante comienzo de una histeria difícilmente imaginable. Se llegará a hablar de un desbordamiento sexual a escala mundial. Los cuatro muchachos, mitad adulados, mitad objeto de chunga, van de ciudad en ciudad, responden lo que les viene en gana a los periodistas y siguen interpretando sus éxitos ante multitu-

des desmelenadas. Ni en el escenario mismo dejan de mofarse; y de país a país les persigue un gigantesco aullido, entrecortado por viajes en avión.

La «beatlemania», poco a poco, se transforma en pesadilla, circunstancia que Lennon aprovecha para declarar que «los Beatles son hoy más populares que Cristo», frase que les valdría ser quemados en efígie por el Ku-Klux-Klan. Conscientes de haberse convertido en bichos raros, musicalmente bloqueados, en 1966 deciden interrumpir sus giras y actuaciones.

Sus experiencias extramusicales se suceden durante los siguientes años sin convencerles demasiado o, quizá, les une el fracaso mismo. Abandonan la droga, prueban la meditación trascendental, lanzan una vasta y ambiciosa empresa, Apple, de múltiples actividades, todas ellas coronadas por la falta de éxito. Y, sin embargo, sus discos siguen reportando los mismos beneficios de siempre y hasta llegan a una cumbre jamás alcanzada hasta la fecha.

Un país de ensueño

Tardan cuatro meses en preparar «Sergeant Pepper», volviendo mil veces sobre una interpretación, utilizando los artificios técnicos de la reproducción sonora, conservando, no obstante, la lógica y la sensibilidad en la tremenda maraña de hallazgos, de «gags» sonoros, siempre infaliblemente guiados por su intuición.

Del «jazz» toman sus ritmos vivificantes; blancos de por sí, «blanquean» todavía más sus voces, coloreándolas de una sorna sensual que nunca, sin embargo, resultará amanerada; británicos, redescubren el loco universo de «Alicia en el país de las maravillas», injertando, sobre temas incesantemente reiterados, una frase espigada del periódico, un «slogan» oído en la televisión, recuerdos de la infancia...

El cine les tienta asimismo: dos películas simpáticamente descabelladas, «¡Qué noche la de aquel día!», «Help!», luego sus producciones «Magical Mystery Tour», que no fue apreciada por la crítica británica, y la extraordinaria de dibujos animados «Yellow Submarine». Aquí se siente uno en un país de ensueño, Pepperland, donde todo el mundo es feliz y escucha música. Pero he aquí que, hasta ahora, nadie ha logrado encontrar Pepperland. El tiempo pasa y se rizan todos los rizos. ¿Llegarán los Beatles a conocer una segunda edad de oro? Poseen clase de sobra para hacer como Elvis Presley, que, a los treinta y cinco años, vuelve a vestirse su chaqueta de cuero negro para cantar de nuevo sus éxitos de hace quince años. «Tomamos muy en serio esta necesidad de no tomarnos en serio», ha declarado Lennon. Los otros no dan la impresión de estar de acuerdo. Es difícil envejecer, pero mucho más para los creadores de la música «pop». ■ PHILIPPE KOEHLIN.